

amplia difusión entre nosotros, a través de traducciones a nuestro idioma y de adaptaciones cinegráficas.

Pero es, sobre todo, en sus "retratos" de Walt Whitman, Edgar A. Poe, Carl Sandburg y Edna St. Vincent Millay, donde Reid pone de manifiesto su fina sensibilidad, realizando páginas en que está presente también esa vasta erudición de su obra toda.

Buenas fotografías ilustran esta obra, que lleva asimismo cuatro agudos dibujos de Carlos Cruz Díez.

GASTÓN FIGUEIRA

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO, *Los días de Aguascalientes*.—Prólogo de Mariano Picón-Salas. Ilustraciones de Francisco Díaz de León. Editorial Stylo. México, 1952. 91 pp.

Ofrece un excepcional ejemplo de ese equilibrio que se da con tan poca frecuencia, entre el contenido y la presentación, la obra de Antonio Acevedo Escobedo que origina este comentario: *Los días de Aguascalientes*.

No sorprenderá esa conjunción afortunada, a quien conozca el excelente gusto que Acevedo Escobedo posee, como escritor y como tipógrafo. En una y otra actividades, a veces felizmente complementarias, ha dejado firme huella, en revistas, folletos y libros que incluyen los propios.

Su rigor, al extremarlo consigo, ha hecho que reduzca a tres títulos una bibliografía que pudiera ser copiosa, de haber reunido en volúmenes todo aquello que aparece en las publicaciones periódicas, en las cuales colabora — con asiduidad sorprendente, más por la calidad que por la puntual eficacia.

Por eso, también, entre obra y obra dadas por él a las prensas, ha tomado una tregua que para sus amigos lectores resulta excesiva: nueve años dejó transcurrir entre el primer excelente libro y la fina plaqueta que siguió a aquél, y casi el mismo lapso, entre ésta y la obra reciente.

Así se sucedieron *Sirena en el aula*, ensayos y relatos, que publicó en 1935; *¡Ya viene Gorgonio Esparza! (El matón de Aguascalientes)*, farsa para teatro guiñol, impresa en 1934, y *Los días de Aguascalientes*, que apareció en 1952.

Aguascalientes —conviene recordarlo, a propósito de este bello trabajo de Acevedo Escobedo, en que la capital de ese Estado representativo del corazón de la República Mexicana aparece merecidamente exaltada— no sólo está presente, en el resto del país, por su anual Feria de San Marcos.

Fué en la capital de Aguascalientes donde coincidieron, durante los años de prueba de la Revolución, tres artistas que desde allí proyectaron, para realizarlo después por diferentes caminos, el movimiento nacionalista que iba a tener múltiples repercusiones en otros puntos.

Dos de esos artistas eran originarios de Aguascalientes: el pintor Saturnino Herrán y el compositor Manuel M. Ponce, a quienes se unió, en ese noble impulso, el poeta zacatecano Ramón López Velarde. A los tres, cada uno en su actividad predilecta, se debió la revalorización de la provincia, que traería consigo la afirmación de la patria, tras la prueba de fuego de la Revolución en que volvió a forjarse.

Antonio Acevedo Escobedo se enlaza con el aspecto literario de ese movimiento renovador, a través de la serena amistad que le ligó con Enrique Fernández Ledesma —mutuo, recordado amigo, con quien tuvimos la satisfacción de compartir alegrías y preocupaciones, en una época de oro de la Biblioteca Nacional de México—: Fernández Ledesma, que fué leal camarada de López Velarde, en Aguascalientes y en la metrópoli.

Con todo esto, que puede servir para situar a Antonio Acevedo Escobedo, en relación con sus antecedentes dentro de la literatura local, podrá apreciarse mejor lo evocativo, personal que aparece en *Los días de Aguascalientes*.

No ignora ni desconoce, ni menos aún olvida, la tradición con la cual entronca. Deja a los investigadores eruditos la tarea, siempre árida, de profundizar en las raíces, y a los poetas sucesores de López Velarde y Fernández Ledesma, la satisfacción de cortar los frutos nuevos del árbol patriarcal, en ramas comunes. El prefiere aprovechar la savia: con ella se remozan los gajos de su experiencia, en el solar donde transcurrieron infancia y primera juventud. Ahora en la madurez —segunda juventud, con la consciencia que no hubo en la inicial—, recoge la cosecha próspera.

La visión de aquellos días de Aguascalientes en que su adolescencia pasó del colegio al taller donde se hizo cajista —antes de emprender el viaje a la capital, en el ferrocarril que prometía horizontes nuevos—,

diluye su nostalgia en la malicia del estilo, abundante en matices intencionados.

El recuerdo se precisa con acuidad de instantánea que ha guardado la imagen fugaz y el tenue perfume de aquellos días. Van desfilando las siluetas familiares, sobre el fondo perenne, y en el párrafo evocador se incrusta una frase incidental que da brillo a una faceta. Las pausas —de la lluvia, de quinqué, de las plazas— dejan correr de trecho en trecho, en esta obra de Acevedo Escobedo, sus oportunas divagaciones, con las que entreabre al lector las puertas del espíritu.

En las primeras páginas Mariano Picón-Salas, prologuista, hace signos de comprensión inteligente, y Francisco Díaz de León, en viñeta y capitulares, pone su sello distintivo, en el volumen que las prensas de Stylo imprimieron pulcramente.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad Nacional de México.

MADALINE WALLIS NICHOLS, *El gaucho - El cazador de ganado - El jinete - Un ideal de novela.*—Edición y prólogo de Francisco Aparicio. Traducción de Cristina Correa V. de Aparicio. Buenos Aires, Casa Editorial Peuser, 1953. 235 pp.

Verdadero triunfo del arte tipográfico es esta nueva edición —la primera en lengua castellana—, de *The Gaucho*, trabajo publicado hace una decena de años por la Duke University Press. Sus márgenes anchos, su papel fino y láminas bellas revelan el mismo esmero y buen gusto que resaltan en la elegante edición de *Fausto*, hecha por la misma casa en 1943. En cada pormenor saltan a la vista la conciencia estética de los editores y la pericia de sus artífices.

El texto de la señorita Nichols va precedido por un prólogo crítico del profesor Francisco Aparicio, renombrado antropólogo argentino, fallecido desgraciadamente antes de publicarse el tomo al cual se había dedicado con tanto ahinco. Contiene el libro, además, una advertencia de la traductora, Cristina Correa de Aparicio, una hermosísima sección iconográfica, un apéndice bibliográfico que aumenta considerablemente